

PEREGRINOS, VIAJEROS Y TURISTAS

LUIS ALONSO LUENGO

PEREGRINAR es avanzar hacia una meta soñada; es ir hacia una luz lejana, para meterse en ella, para fundirse y abrazarse en ella. Sin parar mientes en las cosas con que se tropieza en su deambular, al peregrino nada le interesan ni el árbol, ni el hombre, ni la cosa que a su lado discurren, atento sólo a aquella arrebatada tensión, a su ansiedad de posar los ojos donde un día se posaron los del Señor, de hincar las rodillas en el polvo que fue empapado por su sangre o por la de los mártires,



Contadino del interior de Granada.

Dibujado por Gustavo Doré.

Viaggio in Ispagna del Barone Carlo Davillier. Fratelli Treves, editori. Milano, 1874, p. 87

intentando así, por estos medios sensibles, conseguir, para su espíritu, la presencia de Dios.

Don Lucas de Tuy, Canónigo de San Isidoro primero y Obispo de Tuy después, hizo un estudio de lo que él llama **SACRAMENTALES** - tan magníficamente visto por Don Antonio Viñayo, Abad hoy de la Colegiata de San Isidoro -, y señala como la clave de todos los **Sacramentales**, la peregrinación que el Código Canónico designa como tal, no solamente el caminar hacia Jerusalén,

Roma o Compostela, sino a todos los lugares que guardan cosas - construcciones, reliquias y otros objetos de especial significación - por el contacto que con ellos, sin llegar a la *postura mística*, produzcan especial arrobamiento espiritual, porque según Don Lucas de Tuy, sin llegar al "arrebatado don del misticismo, pero rozándolo, *domeña* el peregrino la carne, ahuyentando los deseos impuros y consagrandolo a Dios toda la persona, pero sin llegar a sumergirse en su contenido".

VIAJAR es marchar por los caminos como espectador, es *ver andando*. Es, sin la fijación de una meta trascendente de atención dogmática, la fijación eventual de múltiples, pequeñas metas de atención crítica. Paisajes, monumentos, hombres, son tomados por el viajero que, al intentar diseccionarlos con manos críticas, se encuentra con que se transforman en motivos de su íntima emoción; y que, de espectador, le hacen silencioso actor del espectáculo que a la vista discurre. Y es la variedad de horizontes, el devenir de las cosas, el vértigo de la evasión, lo que fundamentalmente estremece la profundidad del alma viajera, porque resulta que esa sucesión objetiva, teniendo que buscar algún eje de permanencia que dé sentido al *devenir*, lo halla en la raíz subjetiva del viajero, que así, sólo así, unifica la multiplicidad pintoresca del viaje, de ese viaje que, al ser, si lo es, contado por el que lo vivió, forzosamente se ha de

transformar en una página de su autobiografía.

¿Y el **TURISTA**? Rodando asfalto sobre el autocar o deambulando por campos, pueblos y ciudades, ¿qué *siente* la caravana de turistas al seguir, con opaca pupila, la monótona explicación del cicerone? Una lidia de toros, un baile noruego o un castillo francés, tienen para su atención idéntico sentido, igual significación. Porque no va buscando el turista al ponerse en marcha, ni la meta trascendente de peregrino, ni - como el

viajero - el reflejo del latido de su ser en cada cosa que contemple. Va buscando simplemente (o inconscientemente) el percibir, con el roce fugaz y sucesivo de cada cosa, esa momentánea *emoción de contraste*, esa sensación relampagueante, de *relatividad y novedad* de que nos hablan los psicólogos.

El turista nunca escribe un libro en el que cuente su caminar: el escribirlo va contra la propia esencia de la actitud turística. El viajero y el peregrino sí.

El libro del viajero, cuando es sincero, resulta siempre una autobiografía. El libro del peregrino es siempre una oración.

El primer libro de viajero de nuestra literatura fue el **Itinerario a Jerusalén**, de la Monja Eteria, la inquieta fémica que, saliendo por los días del siglo IV de las tierras de León, nos cuenta cosas tan inefables de los riscos y los riachuelos del Sinaí - la Montaña de Dios - como de la vida marinera del Bósforo, y llamándose a sí misma *curiosilla* - deliciosa adelantada de Santa Teresa -, nos trae noticia detallada de la liturgia jerosolimitana, que por ella es conocida, y en muchos aspectos implantada en Occidente. El último gran libro de viajero fue otro **Itinerario a Jerusalén**, el de Chateaubriand. ¿No resulta aleccionador que sea el viaje a Tierra Santa - uno de los tres vértices geográficos y espirituales del *voto de peregrinación* - el que marque y dé norma a la actitud del viajero? No perdamos de vista que el Itinerario de Eteria fue, durante la primera Edad Media, la guía indispensable del viaje a Oriente, y que el románico francés marcó un hito en la manera de sentir el viaje que aún perdura.

Libro de peregrino fueron las **Cartas de Santo Toribio** de Astorga, serie de desgarradas quejas ante la presencia de las herejías que pululaban por el mundo del siglo V como *las cabezas de ciertas hidras*, y ardor de místicas alucinaciones ante las reliquias de la Pasión del Señor, de las que el Santo hace custodia en la Ciudad Sagrada, y que luego trae a Europa guiado por la visión aquella del ángel.

Luis Alonso Luengo es Miembro Correspondiente de la Real Academia de la Historia, escritor y Cronista Oficial de la Ciudad de Astorga.